



IZTAPALAPA
Agua sobre lajas

DEBATE

POR LUIS REYGADAS
UAM *Unidad Iztapalapa*
lreygadas@netvoice.com

¿Qué significa el trabajo femenino actualmente? ¿Es una opción elegida por las mujeres o necesidad impuesta por las circunstancias económicas? ¿Representa una experiencia liberadora o es una nueva forma de explotación del trabajo y de dominación masculina? El libro coordinado por Rocío Guadarrama y José Luis Torres reanima esta vieja discusión. Tiene la virtud de escapar a la tentación de ofrecer respuestas simples y unilaterales. En vez de ello, destaca la heterogeneidad del trabajo de las mujeres y las tensiones y ambigüedades que ellas enfrentan para conciliar sus trayectorias laborales con las dinámicas familiares.

La dialéctica entre los aspectos liberadores y enajenantes del trabajo femenino atraviesa toda la obra. La riqueza de los casos analizados y la diversidad de los puntos de vista de los 14 colaboradores permiten vislumbrar muy distintos ángulos del tema e introducir importantes matices. Desde la introducción, escrita por Rocío Guadarrama, aparecen esta tensión y esta riqueza. Intenta encontrar puentes entre los factores estructurales y la capacidad de agencia de los actores, para escapar de las concepciones que ven a las mujeres como víctimas de la dominación masculina o como sujetos pasivos de determinaciones externas. A pesar de esta perspectiva construccionista, en varias partes del texto se encuentran expresiones que reintroducen un determinismo estructural que deja de lado la capacidad de agencia de las mujeres. Por ejemplo, en la página 9, cuando se habla de “mujeres que fueron empujadas al mercado de trabajo por las crisis económicas de los años ochenta”. No obstante, el mismo texto permite apreciar que en muchas ocasiones las mujeres no sólo son “empujadas”, sino que ingresan a trabajar como parte de un proceso de empoderamiento. Tal es el caso de los datos que se ofrecen sobre México: “La tasa de participación de las mujeres con estudios postsecundarios involucra a la mitad de las mujeres en edad de trabajar, mientras que la participación de las mujeres sin instrucción o incluso con primaria no supera el 30%” (p. 13). Esto indica que las mujeres no sólo entran a trabajar por necesidad económica, sino que para muchas también

es un deseo y una conquista, por eso es por escolaridad que las que poseen menos estudios y recursos, de modo que no es únicamente una cuestión de sobrevivencia.

En varias partes del libro se muestran las profundas diferencias existentes entre las mujeres con pocos recursos económicos y baja escolaridad y aquellas que cuentan con más estudios y mejores ingresos. Ello permite comprender la articulación entre las relaciones de género y la desigualdad de clase. Sin embargo, a veces estas diferencias se llevan demasiado lejos, cuando se distingue a una minoría de mujeres que tienen acceso a la educación superior y buscan conciliar sus responsabilidades familiares con su realización profesional, en contraposición con un número creciente de mujeres que laboran por necesidad, para sobrevivir, en condiciones económicas y culturales precarias. Pareciera que las mujeres más pobres sólo trabajan por necesidad, mientras que la búsqueda de la realización y la conciliación entre la vida laboral y familiar fuera algo exclusivo de quienes tienen educación superior. Sin negar la importancia de estos contrastes, debe recordarse que las que tienen más estudios también enfrentan necesidades económicas, y las de menores ingresos igualmente tienen proyectos de realización personal y pueden intentar combinar su trabajo con la vida familiar, pese a que lo hagan en circunstancias más precarias y adversas.

El capítulo "Trabajo e identidades: continuidades y rupturas en un contexto de flexibilización laboral", preparado por Lorena Godoy, Antonio Stecher y Ximena Díaz, muestra que en Chile el significado del trabajo femenino experimenta dilemas similares a los que existen en México: "La centralidad del trabajo es ambivalente pues junto con ser una de las principales fuentes de sentido, de autorrealización y de dignidad, se experimenta como una sobreexigencia que amenaza la integridad y enajena" (p. 97). Para las mujeres, el trabajo sería al mismo tiempo un soporte en la construcción de identidades y un ámbito que invade y coloniza otros espacios de la vida.

En el capítulo "Las identidades de género como proceso social: rupturas, campos de acción y construcción de sujetos", escrito por María Luisa Tarrés, se hace una interesante propuesta para trascender los estudios centrados en las carencias de las mujeres, para así poder explorar las dimensiones positivas de la identidad femenina. Tarrés se aleja de los discursos pesimistas que reiteran hasta el cansancio las condiciones de alienación, subordinación y exclusión que viven las mujeres, pero también se distancia de las posiciones ingenuas que sobreestiman el empoderamiento y las capacidades transformadoras de las mujeres en la época contemporánea. Ni víctimas impotentes ni heroínas todopoderosas. Para salir de estas dicotomías sugiere estudiar las rupturas y los quiebres que permiten cuestionar los patrones de reproducción femenina y que impulsan a las mujeres a cuestionar y redefinir sus identidades subordinadas, en procesos donde se da una interacción entre los condicionamientos estructurales y las capacidades de construcción subjetiva.

El capítulo elaborado por Edith Pacheco sobre los cambios y las continuidades en el mercado de trabajo en México ofrece abundante información sociodemográfica en torno

a la diversidad de la participación femenina dentro de él. Uno de sus hallazgos es que a mayor grado de instrucción aumenta la tasa de participación laboral de las mujeres, que es algo que no ocurre con los hombres. La gráfica de la página 66 es elocuente al respecto: menos de 30 por ciento de las mujeres sin instrucción o con primaria incompleta están integradas al mercado de trabajo, proporción que va subiendo conforme se incrementa su escolaridad: 40 por ciento para las que terminaron la secundaria y más de 50 por ciento de quienes tienen estudios postsecundarios. Al contrario, los hombres tienen tasas de participación cercanas a 80 por ciento, pero no se elevan de acuerdo con los niveles de instrucción. En la medida en que las mujeres acrecientan su capital educativo están en mejores condiciones para optar por un trabajo remunerado. Pero también es cierto que la necesidad económica es un factor de primer orden: a partir de las crisis de los años ochenta ha crecido muy rápidamente la proporción de mujeres con baja escolaridad que se han incorporado al mercado laboral, aunque no han llegado a los niveles de participación que tienen mujeres con más años de estudios.

Edith Pacheco ilustra también un problema preocupante. A pesar de que en México la tasa de participación femenina en el empleo se duplicó entre 1970 y 2004 (de 17.6 a 36.9 por ciento), en los últimos 15 años el incremento fue lento, lo que pareciera indicar que hay algunos límites para el acceso de las mujeres al trabajo remunerado. En primer lugar, el crecimiento económico de los últimos lustros ha sido muy bajo, lo que afecta la creación de empleos. En segundo lugar, la mayoría de los puestos disponibles son flexibles, inestables y mal remunerados. A esto habría que añadir que muchas mujeres en el país siguen careciendo de los beneficios educativos y de capacitación que les brinden mejores oportunidades de colocarse. En numerosas familias sigue habiendo cortapisas para las carreras laborales de los miembros femeninos, además de que persisten las cargas de las tareas domésticas. No basta que millones de mujeres decidan buscar empleo, es necesario que la estructura social, las familias, el mercado de trabajo y las instituciones públicas propicien que esos millones de decisiones resulten en la consecución de empleos dignos.

La parte final del libro, relativa a las industrias maquiladoras de exportación, ilustra las tensiones que atraviesan los significados del trabajo femenino. Cada una de las cuatro autoras que colaboraron en esta sección expresa evaluaciones muy distintas de las experiencias de las trabajadoras. María Eugenia de la O, en su texto sobre la flexibilización de la producción en las maquiladoras de México, señala que la precarización laboral afecta tanto a hombres como a mujeres, y que el trabajo está perdiendo las dimensiones de realización para convertirse en un medio de vida cada vez más fugaz e instrumental. En contraste, Beatriz Castilla, en un estudio de caso referente a una maquiladora estadounidense en Yucatán, encuentra en las operadoras una gran satisfacción con su actividad y destaca “la emergencia de una nueva figura obrera, femenina e indígena, que se siente orgullosa de su trabajo y frente al comando de sus máquinas, sobre todo las robóticas” (p. 217). Esta disparidad tan marcada no sólo refleja los variados puntos de

vista de las investigadoras, sino también la enorme heterogeneidad que prevalece en las condiciones de trabajo de las mujeres, ya que algunas encuentran en sus empleos oportunidades de superación y realización, mientras que otras enfrentan en ellos situaciones tan adversas que su interés no va más allá de obtener un ingreso.

Dada esa diversidad de experiencias laborales, no es extraño que algunas mujeres se sientan integradas dentro de las maquiladoras y que otras se consideren explotadas por ellas. Pero no son las únicas posibilidades. Marlene Solís, en la parte dedicada a las maquiladoras de Tijuana, encuentra distintos modos de conciencia entre las empleadas: resignación, acoplamiento, alienación y resistencia, los cuales resultan al cruzar las variables “afinidad al sistema” y “empoderamiento personal”. A partir de los diferentes significados que adquiere el trabajo femenino están latentes el conflicto y la resistencia, como muestra Rocío Guadarrama en el último capítulo, donde analiza el caso de las maquiladoras de confección en Costa Rica. Al igual que María Eugenia de la O, descubre que muchas de las operadoras de maquiladoras trabajan por necesidad, en situaciones que dejan muy poco espacio para proyectos de realización personal y profesional. Pero su conclusión es que no por ello dejan de lado sus aspiraciones de liberación, como lo expresa en el párrafo que cierra el texto: “Al final lo que vemos son mujeres a medio camino entre la libertad personal, económica y laboral. Pero no son mujeres *rotas*, rendidas frente a un destino inevitable. Hay en todas ellas un deseo de superación que está buscando el camino de la conciliación con justicia y equidad”.